

23. **La vanidad**

Versión 2

Procesos para su despertar interior

ego

Compilado por:
Enrique González Ospina.
Cel: 315-3357297

*“El alma, temblorosa, se inclinó más y más
mientras penetraba en ella la celeste claridad;
y entonces sintió lo que nunca antes había
sentido: el peso de su vanidad, de su dureza y
de su pecado.”*

Hans Christian Andersen.



La vanidad

*“Vanidad de vanidades, dijo el Predicador, vanidad de vanidades, todo es vanidad.”
Eclesiastés 1,2, Biblia*

La palabra “*vanidad*” viene del latín *vanus* que significa vacío.

Es una poderosa máscara de la personalidad, mediante la cual nos atribuimos toda clase de cualidades y valores que no poseemos en absoluto.

La identificación con ese estado emocional, con esa “*forma*” de la energía, suele ser tan intensa, que en la persona vanidosa no puede crecer nada, salvo un incremento de la falsedad.

El error fundamental

El error fundamental del vanidoso es la creencia de que sólo somos ego. Esa es la sinrazón del vanidoso. Una creencia sin fundamento alguno.

Cuando nos vemos así nos esforzamos en desarrollar el ego, porque no hay otra perspectiva, en lugar de desarrollar nuestra verdadera naturaleza esencial, que es ajena al ego.

A esta pasión inconsciente también se la denomina la falsedad, que es el intento de hacer que el ego se sienta valioso sin recurrir a nuestra fuente más profunda y verdadera.

Si usted asocia el ego con una máscara, comprende la gravedad psíquica en que se encuentra el vanidoso.

Recordemos que el ego es una imagen, una idea que tengo de mí mismo, una ficción, una abstracción de lo que he sido, representada por ciertos rasgos seleccionados de mi vida hasta este instante, pero nunca de lo que realmente soy ahora mismo.

Diagnóstico del Eneagrama

Según la teoría psicológica del Eneagrama cada uno de los 9 tipos de la personalidad tiene tres perfiles: sano, promedio y malsano.

1. Perfil sano del vanidoso

Guiado por normas propias. Seguro de sí mismo, enérgico, adaptable, a menudo físicamente atractivo. Ambicioso para perfeccionar el sí mismo, el ego, volviéndose sobresaliente, una especie de ideal humano que encarna cualidades ampliamente admiradas.

2. Perfil promedio del vanidoso

Competitivamente preocupado por el prestigio y el status social: carrera profesional y éxito son cosas muy importantes.

Se torna consciente de su imagen, profundamente preocupado de cómo aparece ante los demás.

Pragmático, orientado a metas, eficiente, calculador, arribista, trepador social y desafecto bajo la fachada.

Constantemente promoviéndose, haciéndose aparecer mejor de lo que es.

Narcisista, arrogante, exhibicionista, pretencioso.

Transmiten hostilidad y desprecio por los demás.

3. Perfil malsano del vanidoso

Puede ser explotador y oportunista, haciendo todo para sí mismo.

Mentiroso patológico, insincero y engañoso, traicionando maliciosamente a la gente.

Se puede tornar vengativo, intentando arruinar lo que no puede poseer.

Tendencias sádicas, psicopáticas.

Este artículo está dedicado exclusivamente al tipo de personalidad vanidoso, perfil promedio.

Motivaciones del vanidoso promedio

Sus motivaciones son: ser afirmado, distinguirse de los demás, recibir atención, ser admirado e impresionar a los demás.

El tipo de personalidad vanidoso ejemplifica la búsqueda de afirmación del sí mismo, del ego, del “yo”; un ego que se vuelve más vacío a medida que su aparente perfección intenta conseguir más atención.

Ganar siempre

Al vanidoso promedio no le basta con ser bueno en algo. Eso no le basta, porque necesita vencer a todos los demás, para lo cual crea rivalidades donde no existía ninguna.

Todo lo convierte en un torneo: su apariencia personal, sus logros profesionales, sus ingresos, su carrera, sus autos, la ostentación de su residencia, su saldo bancario...

Al crear competencia coloca a todas sus relaciones en un plano competitivo, lo cual define la calidad de sus relaciones.

No cultiva relaciones sino trofeos vanos, hasta que finalmente termina solo.

Una consecuencia de esta actitud competitiva es que todas sus actividades se orientan a ganar la competencia, que siempre tienen presente;

como si la vida fuese un gran torneo de todos contra todos, donde los ganadores serán exaltados y los perdedores marginados.

No se interesa en lo que tiene o hace porque lo disfrute, sino porque lo hace sentir superior a las otras personas.

Sus relaciones conflictivas

Como resultado de su competitividad, los vanidosos empeoran progresivamente los conflictos con los demás, puesto que les cuesta tener sentimientos positivos por cualquier persona con la que compiten. Fácilmente tienen dificultades para entablar amistad con sus pares.

Ven a los demás como amenazas y obstáculos a su propio éxito. Se sienten cómodos con la gente sólo si se sienten superiores a ella, ya sea porque los demás tienen menos status que ellos o porque los han derrotado en algún tipo de concurso abierto o encubierto.

La búsqueda del éxito

El vanidoso promedio busca el éxito con una eficiencia inigualada por ningún otro tipo de personalidad. Podemos caracterizarlo por las tres cosas que valoran más: éxito, prestigio y status social

Para él el éxito significa ser el número uno, un ganador en todo. Trabajan duro para llegar arriba y mantenerse ahí. Valoran la competencia profesional y aspiran a ser los mejores en lo que hacen, especialmente por el prestigio de estar en la cima de la profesión.

La marca final del éxito es llegar a ser ricos y famosos, pero especialmente famosos, porque significa ser reconocidos por un gran número de personas. Con la fama, su existencia se afirma: no son un don nadie.

El trabajo externo es su actitud preferida, puesto que es el medio para hacer méritos y deslumbrar con sus resultados. Las cosas deben quedar perfectas, sin importar el tiempo de nadie. Se mueven rápidamente de una idea a una acción, sin pérdida de tiempo entre el pensar y el ejecutar.

La vida es satisfactoria si hay trabajo por hacer. La quietud, el reposo, la vida serena, son extrañas e inaceptables conductas.

Su temor y su deseo

El temor básico del vanidoso es ser rechazado, y su deseo esencial es ser aceptado, reconocido, aunque no lo amen. No busca amar ni ser amado. Suficiente con ser respetado o temido.

“Desean perfeccionarse, mostrarse superiores a los demás y distinguirse, obtener atención, ser admirados, impresionar a los demás, hacer lo que sea necesario para mantenerse arriba, arruinar a los demás si ellos mismos no pueden ser superiores.”

Renee Wagele, Psiquiatra.

Se comparan con los demás, para encontrar cómo ser más que ellos. Lo único que tiene verdadero valor en la vida es el “éxito”, sin importar a quien tenga que sacrificar. Todo lo que se oponga a su propósito será destruido, así sea su propia intimidad, su familia, sus amistades.

La Biblia condena muy explícitamente esta actitud frente a la vida y frente al prójimo:

“¿Amaréis la vanidad y buscaréis la mentira?”

Salmo 4,2, Biblia

El vanidoso es un personaje muy extraño, por irreal, y muy difícil por su prepotencia. Paradójicamente suelen terminar solos, y en la vejez pueden caer en una vida interna de desolación, de abandono, de amargura.

Tener Títulos

En general, los vanidosos son profesionales de carrera, ya que el éxito profesional es la vara con que miden su valor como persona.

Planeando incansablemente estrategias y jugadas dentro de su profesión, desean avanzar tan rápido como sea posible, y están dispuestos a hacer cualquier cosa con tal de conseguir el éxito que buscan.

Se suben al carro del éxito profesional a cualquier costo, con los máximos esfuerzos y sacrificios, aun cuando ello signifique sacrificar matrimonio, familia o amistades.

Para el vanidoso es muy importante tener títulos, reconocimientos institucionales o una profesión de prestigio, porque refuerza su sentido de sí mismo como individuo exitoso.

Por la misma razón, su autoestima se ve muy amenazada si no tiene una carrera prestigiosa y mucho más si están cesantes.

La búsqueda de status

Los vanidosos son depuradísimos buscadores de status, escaladores sociales, para quienes es crítico tener las amistades adecuadas en el lugar preciso, en el momento preciso, porque van a ser útiles en alguna instancia de la competencia.

Siempre están haciendo contactos y frecuentando gente importante con un propósito oculto o segundas intenciones: ascender en su actividad profesional y aumentar su lustre social. Sus contactos deben ser personas que tengan brillo propio, porque las personas opacas contagian.

Evalúan rápidamente a los demás según su prestigio, como preguntándose:

“¿Cuánto status tiene?”

“¿Vale la pena frecuentarle?”

No cultivan relaciones de afecto sino intereses egocéntricos, porque no tienen tiempo para el sentimiento, el compartir, el gozo, la risa, el abrazo... porque *“el tiempo es oro”* y *“la información es poder”*.

Es típico que sean promotores de símbolos de status, mostrándolos en sus trajes, en su presentación personal, sus vehículos, sus residencias. Le

asignan status a sus posesiones, usándolas luego como base para competir con los demás.

Por otra parte, la exclusividad y la exclusión son conceptos que le son muy importantes para su competitividad, porque al seleccionar a algunos y excluir de su círculo social a otros, los vanidosos se convierten en árbitros de quién está “*in*” y quién está “*out*”.

El status, entonces, es el juego de llevarle la delantera a otros en una imaginaria escala social de estratos y jerarquías, jugado por aquellos que idolatran el éxito.

Como árbitros autodesignados del status, tienen que asegurarse que cualquier otro que juegue el juego fracase, pero que siga volviendo a intentarlo, para que siga fracasando.

La falsedad del vanidoso

Los vanidosos inconscientemente se consideran mercancía; la forma en que los demás los perciban y a su imagen, lo es todo.

Según esta visión, no hay tal cosa como un valor humano intrínseco, ni en sí mismos, ni en los demás, ni en el mundo. Sólo la imagen cuya perfección buscan. Nada hay más grande que la perfección del ego y la importancia del “*yo*”.

Así, todo lo humano se desprecia, porque el único valor que tiene algo o alguien es si tiene demanda social o no la tiene.

Actúan según las necesidades de la imagen que están proyectando, no porque sinceramente crean lo que dicen o hacen.

Pueden proyectar un estado emocional u otro, igualmente convincentes. Pueden parecer sinceros, amigables, modestos y bondadosos, arrepentidos, virtuosos y veraces, aunque no lo sean. Puede que sólo hayan ajustado su imagen a las necesidades del momento.

Lo que parecen ser y lo que realmente son empiezan a ser dos cosas bastante diferentes. Así, en el vanidoso promedio hay un elemento de

falsedad, porque gran parte de lo que dicen y hacen no es un verdadero reflejo de lo que son.

El “*quiénes son*” se va convirtiendo en algo cada vez más difícil de identificar. Saben enmascararse. Como la coloración cambiante de un camaleón, una imagen es útil en la medida que le permita calzar perfectamente en el ambiente, buscando que tal imagen se convierta en la norma con la que los demás lo juzgan.

La imagen asume una realidad propia una vez que los demás la aceptan como deseable. Este es un principio de los publicistas.

Los vanidosos pueden ser muy sutiles en esto de proyectar una imagen creíble, y cuán difícil es para los demás detectar cualquier grado de falsedad involucrado, especialmente si el vanidoso es inteligente y cultivado.

La pista de que estamos tratando con una imagen del vanidoso y no con una persona, es su aparente perfección. Son simpáticos, compuestos, comedidos, muy formales, aunque de un modo ensayado y sintético. Son extremadamente suaves, relamidos, edulcorados, capaces de interpretar bien cualquier rol que estén representando.

Además están constantemente pendientes de si los demás están tragando su actuación.

Suelen ser buenos actores, pero bien vistos en su accionar son un poco caricaturescos en mostrar lo que no son.

Su conducta suele ser tan perfecta que a los demás les cuesta detectar qué les falta. Sin embargo, vistos a fondo no se va a encontrar en ellos nada especial, no hay sentimientos genuinos, ni opiniones personales sostenidas con profundidad, ni necesidades esenciales, ni pasión extra-ego bajo esa superficie suavemente pulida.

A pesar de que todo en ellos parece perfecto, las diversas imágenes nunca alcanzan a sumar una persona verdadera. Lo que le falta es un sentido personal de compromiso genuino, auténtico, verdadero, en lo que hacen, en lo que dicen, y en sus relaciones.

Son como máquinas psicológicas perfectamente diseñadas, que funcionan exactamente como se espera, por lo cual siguen teniendo demanda, porque la sociedad funciona con este tipo de personalidades.

El ego es una máscara y la sociedad es una mascarada, una feria de disfraces.

Su temor a la intimidad

El vanidoso teme a la intimidad genuina, al encuentro con el otro, a la comunión existencial con alguien, ya que podrían descubrir su vacío interior.

Sin embargo, con su considerable encanto y capacidad de adaptarse a la gente, saben simular la impresión de intimidad, revelando aparentemente más de sí mismos de lo que de hecho hacen.

También temen a la intimidad porque, debajo de la imagen, sea cual sea, son fríos y calculadores. Lo que dicen y lo que hacen, sus opiniones y aparentes creencias, todo es pragmáticamente premeditado para causar cierto efecto. Astutos para buscar y encontrar el efecto que desean.

Al haber vivido así toda su vida, son en extremo convincentes, aunque carezcan de autenticidad.

La eficiencia del vanidoso

El ser desafectos les permite ser extremadamente eficientes en el trabajo, extraordinariamente capaces de concentrar su energía en la obtención de metas profesionales. Ya que son poco emocionales, no tienen emociones fuertes que los amarren a algo o a alguien, por lo cual disponen de enorme energía para sus propósitos egocéntricos.

Eficientes y orientados a metas, son buenos para resolver problemas prácticos, porque su pragmatismo les permite responder a situaciones sin estar limitados por principios o sentimientos abstractos.

Pueden tomar cualquier lado de un asunto, y cambiarse al lado opuesto con una facilidad increíble, porque están libres de convicciones personales o lealtad con nada más allá de ellos mismos.

Son esencialmente técnicos de la vida que buscan métodos y fórmulas eficientes para el éxito, ya sea en su carrera o en su vida personal.

Son maestros de la jerga y la retórica, supremos manipuladores de símbolos que cumplan sus fines, para lo que se propongan. Pero, a pesar de su encanto y conducta perfecta, hay algo de reptil en ellos: su sangre fría tiene un toque amenazante.

Sin un sistema ético ni moral que los dirija, la única fuente de orientación para el vanidoso es aquello que funciona para sus fines, sea lo que sea.

Por lo general no son buenos líderes porque no tienen ninguna visión personal de la condición humana, poseen pocos valores genuinos y no sienten una verdadera preocupación por los demás. Palabras como compasión, bondad, ternura, serenidad, compartir, afecto... le son extrañas.

Aparece el narcisista

El narcisismo es la sublimación de la vanidad.

Si a pesar de la excelencia de su imagen el vanidoso no recibe el reconocimiento que desea y necesita, pasa a un estado especial de autopromoción para impresionar a los demás: el estado de narciso.

Narciso es la exaltación inconmensurable del “yo”.

Quiere que los demás lo admiren y envidien, desea que todo el mundo piense que son absolutamente extraordinarios en todos los aspectos, que lo tienen todo, que se encuentran en la alborada de la perfección absoluta.

En el estado narcisista la tónica del vanidoso es impresionar a la gente con su superioridad total. Se hacen propaganda incansablemente alardeando acerca de sus logros, dejando caer nombres importantes en forma pretenciosa,

agrandando sus éxitos, haciendo que su nombre suene como algo especial dentro de la humanidad.

Encuentran la manera para que cualquier cosa que hagan parezca mejor que lo que cualquiera otro hace, y mejor de lo que realmente es.

Todo lo que hacen en la etapa narcisista es para mostrarse, conseguir la atención de la gente, que los admiren. Todas sus actuaciones tiene el siguiente contexto:

“¡Mírenme ¡”

Se convierten en farsantes desvergonzados, alardeando de su cultura, educación, status, cuerpo, inteligencia, conocimientos, memoria, carrera profesional, cónyuge, conquistas sexuales, ingenio, cualquier cosa que crean que vaya a producir admiración.

Uno de ellos decía recientemente que *“el que no aparece en la televisión simplemente no existe”*.

Su único tema de conversación es ellos mismos, su palabra preferida es “yo”, que es su primer, último y único amor. Carecen de toda sensibilidad social, porque dentro del campo de su conciencia sólo hay espacio para su “yo”.

Actúan como si los demás estuvieran o debieran estar cautivados por todo lo que dicen y hacen: los demás debieran estar honrados de conocerlos.

Se cubren con un manto superfluo de refinamiento cultural, musical, gastronómico, social, que se nota artificioso como si no correspondiera a su naturaleza auténtica.

En estado narcisista los vanidosos son arrogantes, presumidos y altamente impresionados con sí mismos. Se admiran. Se consideran innatamente superiores a los demás, actitud que les asegura no ser rechazados por nadie.

Si por alguna razón son rechazados no les molestará, ya que los que los rechazan son inferiores y de todas maneras no cuentan.

En resumen, miran a los demás para ver si los están mirando a ellos.

En la etapa narcisista el vanidoso empieza a sobrevenderse, haciendo afirmaciones extraordinarias acerca de sí mismo. Esta autoinflación narcisista indica un grado notable de disociación con su ser real, una pérdida sensible del sentido de su propia realidad, un estado patológico de enajenación.

Aunque parezcan ser sobresalientes, los demás comienzan a sentir que son demasiado buenos como para ser de verdad, porque gran parte de lo que dicen acerca de su ego, de su “yo”, simplemente no es creíble.

La sexualidad del narcisista

El narcisismo es esencialmente pasivo, actitud que contagia su sexualidad puesto que su ego se satisface sólo con admirarlo. Quieren que los demás los deseen aunque no les interesa complacer a nadie, ni sexual, ni psicológicamente.

En la intimidad sexual con su pareja lo que importa es su propia satisfacción, sin atención alguna hacia ella. Lo que le importa es la satisfacción de su ego.

El narcisista se caracteriza por un inmenso deseo de ser deseado. No se trata sólo de ser deseable sexualmente sino de un deseo general de ser valorado, admirado y amado.

Procura desarrollar una imagen seductora para ser el ideal de su sexo, pero se complace con serlo sólo en la imaginación de las personas. Suelen saber la forma de atraer pareja, pero no saben cómo conservar la relación.

Sienten un temor constante a no ser capaces de estar a la altura de la imagen que proyectan pero, paradójicamente, tienen miedo de una conexión emocional profunda.

En los niveles insanos de narcisismo podrían quedar atrapados en la promiscuidad o la homosexualidad.

Los desaires a su narcisismo, reales o imaginarios, podrían inspirar en ellos deseos de venganza, furor sexual y celos, muchas veces desproporcionados con la magnitud de la decepción.

Consecuencias inevitables

El resultado inevitable de la inflación del ego es que los vanidosos perderán su deseo básico de ser aceptados, convertido en el temor a ser rechazados.

Su búsqueda persistente de aceptación no terminará en una demostración de su superioridad sino en un rechazo, porque no son quienes parecen ser. Su simulación finalmente queda al descubierto, y es rechazada.

Por actuar en forma falsa frente a los demás, finalmente no serán considerados los modelos que desean ser, sino por lo que verdaderamente son: personas fraudulentas y vacías.

Terminan solos.

Si los vanidosos y narcisistas se exceden en sus proclamas falsas acerca de sí mismos, como suele suceder, lo más probable es que queden al descubierto y provoquen su propia marginación.

Su anhelada búsqueda de aceptación y admiración crea las condiciones para su final solitario, doloroso y desolado.

Reflexiones

La vanidad es una patología de la mente, una enfermedad de la psique, una manifestación artificial exterior de uno mismo.

Es un estado de identificación absoluta con el ego, la exaltación absoluta del “yo”, el enaltecimiento exacerbado de rasgos de los cuales se carece; o por lo menos no se poseen en la magnitud y calidad imaginadas.

La vanidad nos separa de todos los estados internos superiores que nos son posibles, porque es irreal, carece de realismo; es la imaginación desbordada que nos aleja de la realidad presente, “*tal cual es*”. Por eso impide todas las conexiones interiores que son posibles y reales.

Una persona puede lograr la momentánea satisfacción de la vanidad, pero al no sentir la conexión con algo real dentro de ella, se convierte en una persona enajenada, alejada de sí misma, alejada de su ser.

Nada puede crecer desde la vanidad, que es rasgo de la falsa personalidad, salvo un aumento de invenciones acerca de su ego, un incremento creciente de la falsedad, de la farsa, de la mentira.

La vanidad, al provocar manifestaciones ilusorias y recurrentes de sí mismo, innaturales, exteriores, falsas, produce una energía psíquica que inunda la vida interior de la persona y la encierra en algo así como una prisión. Es la energía del “yo”, un tóxico que ahora ocupa todo el espacio interno.

La persona es, ahora, sólo “yo”. Puede llegar a cristalizarse en esa energía, convertido en un “yo” permanente, lejos ya de toda posibilidad evolutiva.

Una persona que llega a consolidarse en sus imágenes vanidosas, concretarse en ellas, al cabo de un tiempo ya no puede ponerse en contacto con algo que sea real dentro de ella, por más que lo desee.

Sus propias creaciones mentales, sus cultivadas actitudes egocéntricas, fingimientos, y la imaginación de sí que ha cultivado con tanto esmero y empeño, le imposibilitan ver y comprender su realidad interior real, presente.

Quizás nunca conocerá algo verdadero en su propio Ser.

Tan desorbitada exaltación del “yo” produce no sólo relaciones equivocadas exteriormente, sino conexiones equivocadas interiormente, impidiendo cualquier profundización en sí mismo. Por ejemplo, la convicción de que “yo” soy mi ego, y nada más, crea interiormente una conexión equivocada con un error existencial.

La meditación le podría demostrar fácilmente que tal convicción es un error mental.

Lograr discernir la vanidad en nosotros mismos, en este truculento suceder interior, es empezar a liberarse de esa enfermedad.

El origen de la vanidad

La vanidad es una máscara muy dura. Contiene rasgos que no pertenecen a su ser real, a su esencia, a su naturaleza más profunda, sino que son propiedad de la personalidad aprendida desde niño.

¿A qué se atribuye este aprendizaje tan deshumanizado?

Según la teoría del Eneagrama, que es un sistema psicológico para el estudio de la personalidad, con raíces en enseñanzas espirituales antiguas, la fenomenología de la fatua vanidad se atribuye a la educación recibida cuando niño.

Los hoy vanidosos, cuando niños recibían premios por sus logros, sin importar cómo les había ido durante el día. La imagen y los resultados obtenidos eran recompensados, independientemente de su vida emocional, su participación en su medio y sus relaciones con la comunidad de los otros niños.

Fueron amados por sus resultados, no por su bondad ni su sinceridad. Aprendieron a reprimir sus emociones, para no parecer débiles. Se les enseñó a concentrar su atención en hacer méritos para ser reconocidos y ser amados.

La idea central en su educación fue ser exigente en lograr resultados sobresalientes para ser admirado, aceptado, reconocido, asumir posiciones de liderazgo y ganar, tener éxito, mucho éxito como razón de vivir.

Era indispensable evitar los errores, el fracaso, cultivando la perfección en las formas externas, puesto que únicamente los triunfadores merecían ser amados.

Sin exigencia no hay excelencia, la búsqueda perpetua de la perfección en las formas externas y ser el mejor siempre, en todo, fueron principios tácitos en su educación infantil.

Todo eso culmina en la vanidad, el narcisismo y la desolación, porque no es posible engañar a todo el mundo todo el tiempo.

La posibilidad interior del vanidoso

El vanidoso es un personaje muy extraño, por irreal, y muy difícil por su prepotencia. Paradójicamente, suelen terminar externamente solos e internamente desolados.

Su mayor dificultad radica, sin darse cuenta, en que al concentrarse en la grandeza de su ego sacrifica su vida interior real, su ser, su posibilidad existencial.

No necesita del conocimiento de sí mismo, lo cual le parece inútil, porque le es suficiente con el reconocimiento de sus propios méritos por parte de los demás.

Difícilmente un vanidoso inicia un proceso interior de autotransformación, porque disfruta de la imagen vana de sí mismo, de su imaginaria grandeza. ¿Es que hay algo más grande que eso?

De iniciarse en la observación de sí mismo, rápidamente podría descubrir que por medio del poder tremendo de la vanidad, de la simulación, de la falsedad, se atribuye toda clase de virtudes que no posee, en absoluto.

El vanidoso ignora que existe un Trabajo Interior reservado a cada ser humano. Lo ignora y no lo necesita, pero necesita descubrirlo antes de morir porque, a la hora de la muerte, ¿quién lo va admirar?

Pero no va a ser fácil, si lo intenta. Si lo intenta será un proceso alegre y penoso. Se alegrará su ser, pero sufrirá su ego. Al descubrir la mentira en sí mismo, su ego sufrirá. Ese sufrimiento consciente de reconocer la vanalidad que somos ahora, es necesario.

“El alma temblorosa, se inclinó más y más, mientras penetraba en ella la celeste claridad; y entonces sintió lo que nunca antes había sentido: el peso de su vanidad, de su dureza y de su pecado.”

Hans Christian Andersen.

La transmutación necesaria

Desde la perspectiva evolucionista, que es la posibilidad de activar la conciencia anestesiada por el ego, podemos definir la vanidad como una “*forma*” un poco grotesca de la energía vital; un desequilibrio energético que puede conducir a la desolación, que es la pérdida profunda del sentido de la vida en sí mismo.

Pero, en estricto sentido, es sólo una “*forma*” transitoria de la energía y, por lo tanto, puede ser objeto de transmutación. Siendo la vanidad una masa inmensa de energía egocéntrica, ¿no es, acaso, esa misma energía la posibilidad de su transformación en algo mucho más profundo y real?

Cuando no hay energía, no hay posibilidad. Pero el vanidoso es un océano de energía que puede ser transmutada en conciencia. Conciencia de la propia vanidad. Pero el vanidoso necesita de un cierto conocimiento especial para iniciarse en la profundización de su verdadera vida interior.

En tal caso, lo profano y lo vulgar se pueden transformar en lo sagrado, que es la alquimia interior posible a todo ser humano, sin importar la cualidad de su condición emocional ni su tipo de personalidad.

Desde el punto de vista de la autotransformación de la energía, bendecimos la vanidad porque ahí está la energía de la evolución posible. Pero se necesita el conocimiento de la alquimia interior, que es la meditación, y su práctica seria, persistente y amorosa.

La vanidad es “*lo que es*”, la realidad del momento presente, una “*forma*” de la energía que puede ser transmutada en “*formas*” más sencillas, hacia ninguna “*forma*”, hacia lo informe, hacia lo inconmensurable.

Necesitamos conocer y comprender nuestra vanidad, observando paso a paso sus procesos, su origen, su flujo, sus propósitos, hasta vivenciar que está hecha de conciencia.

La conciencia de la vanidad es la libertad.

Hagamos una precisión. La vanidad es una emoción más, como cualquier otra. Es un patrón de actitudes y conductas aprendidas, como lo son

todas las emociones, un patrón crónico, habitual, inconsciente, con el cual nos hemos identificado profundamente.

En este sentido, en estado de identificación con lo aprendido, soy eso, ahora. Pero esencialmente no soy eso, soy Conciencia; pero esa conciencia se activa sólo al desarrollar la percepción pura del hecho, de “*lo que es*”, sea lo que sea, como la vanidad.

Frente a la vanidad tenemos tres posibilidades: represión, expresión y transmutación.

La represión significa empujar hacia abajo, como sentarse sobre eso para que no asome la cabeza. Al hacerlo así, le estamos inyectando más energía a la vanidad, porque la represión alimenta lo reprimido.

La expresión es darle rienda suelta, permitirle que sea, haga lo que haga. Bueno, ya sabemos en qué culmina el vanidoso cuando dedica su vida a cultivar su ego, que es una ilusión, una imagen, una fantasía, una alucinación acerca de sí mismo.

La transmutación es permitirle que se exprese, que sea como es, pero observarla, percibirla, vivenciarla como energía, sin ninguna intención de liberarse de ella, sin un solo pensamiento.

Simplemente ver la vanidad, observarla, acompañarla, amorosamente, sin juzgarla, cuando está sucediendo.

Cuando la atención se focaliza en la emoción de la vanidad, para simplemente *verla*, *observarla* en acción, su energía se transmuta y su “*forma*” se disuelve en una energía más pura.

Es inútil reprimir la vanidad. Permitirle que sólo se exprese puede causar mucho dolor, más allá del placer momentáneo.

Es necesario dejarla que se manifieste, pero usted debe estar *Presente* observándola con amor, sin juzgarla, acompañándola, sin ningún propósito distinto de “*ver lo que es*”, lo que ocurre, la realidad que oculta, los pensamientos, deseos y sensaciones que la activan.

La vanidad es una energía poderosa que oculta el Misterio de la vida.

La vanidad es una puerta de entrada a lo sublime. Es una “*forma*” transitoria de la energía, que puede ser transmutada en “*formas*” más sencillas, hasta la fuente “*sin forma*”, si medita, si la observa, si la vivencia.

La Conciencia reside en la energía de la vanidad.

Entonces, bendita sea la vanidad... si la observa en acción.

La Conciencia reside en la raíz de este suceder emocional.

La vanidad es su oportunidad.

Bendita sea, si usted hace un Trabajo Interior con esa energía y esa “*forma*”.

El secreto de la autotransformación reside en la percepción pura de la vanidad, sin un solo pensamiento.

Bibliografía

- Richard Riso. Tipos de personalidad.
- Helen Palmer. El Eneagrama.
- Maurice Nicoll. Comentarios Psicológicos.
- J.G Bennet. Construyendo un nuevo mundo.
- Claudia Naranjo. La única búsqueda.
- Russ Hudson. La sabiduría del Eneagrama.